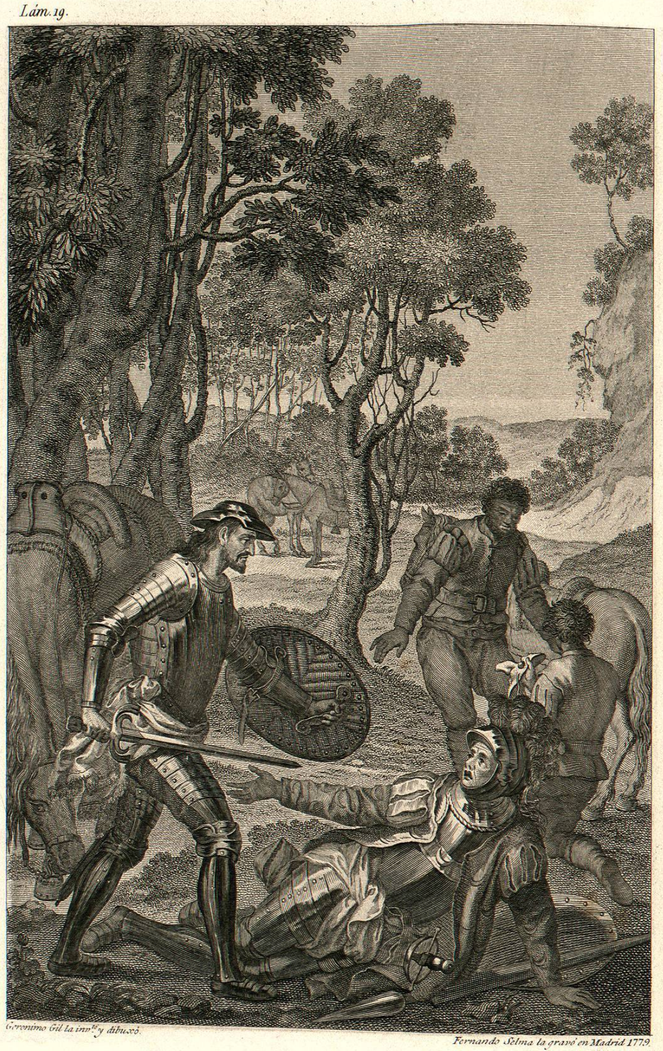
el de los Espejos; pero no se habia apartado Don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y, partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: "Advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor.—Ya la sé, respondió Don Quijote, con tal que, lo que se le impusiere y mandare al vencido, han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.—Así se entiende," respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas, que Sancho; tanto, que le juzgó por algun mónstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que, con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo, asido á una acion de Rocinante, y, cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo: "Suplico á vuesa merced, señor mio, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.—Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio, por ver sin peligro los toros.—La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él.—Ellas son tales, dijo Don Quijote, que, á no ser yo quien soy, tambien me asombraran; y así, ven, ayudarte hé á subir donde dices." En lo que se detuvo Don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos, del campo, lo que le pareció necesario; y, creyendo que lo mismo habria hecho Don Quijote, sin esperar són de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero, viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podia moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia, que esta sola vez se conoció haber corrido algo; porque, todas las demás, siempre fueron trotes declarados; y, con esta no vista furia, llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla enristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que, mal de su grado, le hizo venir al suelo por

Lám. 19.



Gerónimo Gil la inv.t y dibuxó.

Fernando Selma la gravó en Madrid 1779.